



## LIBRO XI.

**Nacimiento del Mesías.**

ENTRE tanto, *el imperio impío* (1) había llevado sus águilas hasta las estremidades del globo; los romanos habían encerrado al mundo oriental como en una red; el sarmata temblaba á su presencia en el fondo mismo de sus desiertos, y los pueblos mas apartados del Asia, los pacíficos chinos, enviaban al César una solemne embajada para solicitar su poderosa amistad. Ya el Egipto y la Siria no eran mas que provincias romanas; la misma Judea era tributaria, y el rey de los judíos, comprando á precio de oro una proteccion caprichosa, apenas era otra cosa que un esclavo coronado. Había llegado al fin la época; los oráculos del Mesías iban á cum-

plirse, el poder de Roma estaba en su apogeo, como lo había predicho Balaam, y según la gran profecía de Jacob, había salido el cetro de las manos de Judá, porque el fantasma de dignidad real que dominaba todavía sobre la santa ciudad, no era siquiera un fantasma nacional. Entonces fué cuando se publicó en la Judea un edicto de César Augusto, mandando hacer el empadronamiento de todos los pueblos sometidos á su cetro. Este padron, mucho más exacto y completo que el que se había hecho en el sexto consulado del sobrino de Julio César (2), comprendía no solamente las personas, si que también los bienes y las diferentes cualidades de las tierras; era la base sobre la cual se quería fijar el tributo de la esclavitud (3).

Los gobernadores romanos fueron los encargados del cumplimiento del edicto imperial, cada uno en su departamento (4). Sexto Saturnino, gobernador de Siria, comenzó desde luego por la Fenicia y la Alta-Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Puede dar una idea aproximada de este empadronamiento, el que Guillermo el Conquistador mandó hacer en nuestra Europa mil años después, á fin de formar el famoso registro conocido de los ingleses con el nombre de *Doomsday-book*. Después de haber ejecutado las órdenes de César en el imperio romano, como asimismo en los reinos y tetrarquías que dependían de él, tres años después de la fecha del decreto (5) se llegó al fin á Belén, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador. César y sus agentes, al asegurarse de la población y de los recursos del imperio, solo creyeron hacer una operación administrativa; pero Dios, para sus fines humanos, tenía otros designios, que ellos ejecutaban sin saberlo. Su Hijo debía nacer en Belén, la humilde patria del rey David, porque así lo había revelado por su profeta más de setecientos años atrás; y he ahí que todo el universo se conmovía para que se cumpliera esta profecía. El orgullo, pues, y la codicia de los romanos, instrumentos dóciles y ciegos de la divina Providencia, servía también al cumplimiento de aquella profecía: *los hombres se agitan y Dios los conduce*.

Parece que los judíos, fieles á una costumbre antigua, se

hacían todavía inscribir por familias y por tribus. Habiendo David nacido en Belén, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país nativo y la cuna de su casa; así es que se reunieron allí, para dar sus nombres y el estado de sus bienes, en observancia del edicto de César.

El otoño estaba al concluirse; los torrentes se despeñaban con estruendoso ruido al fondo de los valles, el viento del norte silbaba entre los elevados terebintos, y un cielo cargado de pardas nubes anunciaba la aproximación de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 de Roma (6), veíase á un nazareno muy ocupado en los preparativos de un viaje, que sin duda no podía diferir, porque la ocasión parecía mal escogida, y la joven que le acompañaba y á quien él hacía sentar con precaución sobre la tranquila y suave cabalgadura que las hijas del oriente prefieren aun, estaba muy adelantada en su embarazo. De la silla del hermoso animal (7) que montaba la joven galilea, pendía una cesta de hojas de palma, que contenía las provisiones del viaje; dátiles, higos y racimos secos, algunos panecillos de cebada, y una vasija de barro de Ramla, para sacar agua de la fuente ó de la cisterna. Un odre de fábrica egipcia estaba colgado del lado opuesto. El viajero echó sobre sus espaldas un saco que contenía algunos vestidos, ciñóse con una faja la cintura y envolvióse en un manto de piel de cabra, tomando en una mano su palo encorbado, y agarrando con la otra la rienda del jumento que conducía á su joven esposa. Así dejaron abandonada su pobre casa, que por sí sola se guardaba, y atravesaron las estrechas calles de Nazareth en medio de los votos por su buen viaje y feliz regreso de sus parientes y vecinos, que les gritaban de todas partes: *¡Id en paz!* Esos viajeros, que se ponían en camino en una nebulosa mañana de invierno, eran los humildes descendientes de los grandes reyes de Judá, José y María, que obedientes á las órdenes de un pagano y extranjero, iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los más ilustres del reino.

Ese viaje, emprendido en una estación rigurosa, y en un país como la Palestina, debió ser sumamente penoso para la santa Virgen en la situación en que se hallaba, y sin embargo,

nunca se quejó. Esta joven tierna y delicada, tenía un espíritu fuerte y animoso, una alma elevada, que no se enorgullecía con las grandezas, que sabía moderarse en la alegría, y aceptaba en silencio el infortunio. José, que caminaba pensativo á su lado, meditaba sobre los antiguos oráculos, que hacia ya cuatro mil años que prometían un Salvador á su pueblo; dirigiéndose hacia Belén, á donde le conducía la voluntad suprema de un romano, pensaba en las palabras de Michías: "Y tú, Belén, llamada *Efrata*, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá AQUEL que debe reinar en Israel" (8). Arrojando después una ojeada sobre su pobre equipaje y su modesta compañera, cuyo sencillo traje era acomodado á su condicion, recordaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaias: "El se levantará á la vista del Señor, como un vástago que sale de una tierra seca: no tendrá hermosura ni esplendor... nos ha parecido un objeto de menosprecio, el último de los hombres" (9). Y el patriarca comenzaba á comprender los designios de Dios sobre su CRISTO.

A los cinco dias de una marcha penosa, los viajeros distinguieron á lo lejos á Belén, la ciudad de los reyes, situada sobre una elevada eminencia, en medio de risueñas colinas plantadas de viñedos, de bosques de olivos y de bosquesillos de encinas. Tropas de camellos montados por mugeres envueltas en mantos de púrpura y con la cabeza cubierta de velos blancos; *naksas*, ó caballos árabes, aguijoneados á rienda suelta por jóvenes caballeros espléndidamente vestidos, y grupos de ancianos montados sobre blancas pollinas, platicando gravemente como los antiguos jueces de Israel (10), subían á la ciudad de David, ocupada ya por una multitud de hebreos llegados los dias anteriores. Fuera de la ciudad, aunque poco distante de ella, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrian la colina; hubiérasele tomado por un gran parador de la Persia. Al traves de su grande puerta veíanse ir y venir dentro de su vasto patio, una multitud de esclavos y criados; era una posada. José, apretando el paso de la cubalgadura de la Virgen, se dirigió hacia aquella parte, esperando llegar á tiempo de conseguir uno de aquellos aposentos

que pertenecian de derecho al que llegase primero, y que á nadie se rehusaban (11); pero la posada rebosaba de mercaderes y de viajeros; no quedaba ni siquiera un lugar. Tal vez á peso de oro hubiérase hallado alguno, porque el mesonero era judío, y judío de Belén; mas, José no tenia oro.

Volvió melancólico el patriarca al lado de María, que le recibió con una sonrisa de resignacion, y tomando de nuevo las riendas del pobre animal, rendido de fatiga, se puso á recorrer las plazas y calles de la pequeña ciudad, con la esperanza, aunque en vano, de que algun belenista, caritativo le ofreciese un asilo por amor de Dios. Nadie se lo ofreció. El viento de la noche soplabá frio y penetrante sobre la tierna Virgen, que no proferia ni una queja tan solo, pero que á cada paso se iba poniendo mas y mas pálida, y apenas podia ya sostenerse. José, muy afligido, continuaba sus infructuosas tentativas; y mas de una vez vió abrirse ante un extranjero rico la puerta que bruscamente se le acababa de cerrar á él. Necesario era que el interes, esa pasion dominante de los judíos, hubiese petrificado todas las almas, para que la situacion de María no inspirase compasion alguna á sus codiciosos compatriotas. Aproximábase la noche: los dos esposos viéndose rechazados por todo el mundo, y sin esperanza de conseguir un asilo en la ciudad de sus mayores, salieron de Belén, sin saber á donde encaminarse, y se avanzaron á la ventura á la campiña alumbrada por los pálidos resplandores del crepúsculo, y que resonaba con los agudos gritos de los chacales, que buscaban su presa.

Hacia el Mediodia y á corta distancia de la ciudad inhospitalaria, descubriase una oscura caverna abierta en la cavidad de una roca; esta caverna, cuya entrada miraba al Norte, y que angostándose hacia el fondo servia de establo comun á los belemitas, y á veces de asilo á los pastores en las noches tempestuosas. Los dos esposos bendijieron al cielo por haberlos guiado á aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose sobre el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí fué, *en la caverna construida en la dura piedra*, como

lo había predicho Isaías (12), y en el momento en que la aparición de la misteriosa constelación de la Virgen mareaba la media noche (13), cuando el *alma* (14) de la grande profecía del Mesías, en medio del solemne silencio de la naturaleza, oculta por una nube luminosa (15), dió á luz á AQUEL á quien Dios mismo había criado *antes que las colinas* (16), y *cuya generacion existía ab-eterno*; á AQUEL, á quien David llamaba su *Señor*. El se apareció á los ojos de su pura é inocente madre, sobrecogida de asombro, como el rayo del sol que se desprende del seno de las nubes; viniendo así á tomar posesion del trono de su pobreza, mientras que todos los ángeles de Dios, arrodillados ante él, con el rostro cubierto con sus alas, le adoraban en su forma humana (17). Este alumbramiento virginal fué exento de gritos y dolores, y ni un gemido tan solo vino á turbar el silencio de aquella noche de prodigios y misterios. Jesus, milagrosamente concebido, nació mas milagrosamente aun.

Dios preparaba al mundo un espectáculo nuevo y grande, cuando hizo nacer un rey pobre. El palacio que le destinó fué un establo abandonado y desierto, asilo á propósito para aquel que en el curso de su vida debía decir: "Las raposas tienen sus guaridas, los pájaros del cielo sus nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza." Moises, proscripto al nacer, tenia al menos una cuna de juncos, cuando su hermana, la joven María, le abandonó entre las cañas y las plantas sagradas, que al caer de la tarde sumergen sus hojas en el Nilo (18); pero Jesus el divino, que vino á habitar entre nosotros para sufrir y morir, no tuvo esta magnificencia siquiera: fué acostado en un pesebre, sobre un puñado de paja húmeda, providencialmente olvidada por algun conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se apresuró á partir antes del alba. Dios proveyó á la cuna de su Hijo único, como provee á los nidos de las aves del cielo.

Necesario era abrigar á este nuevo Adán, cuyos tiernos miembros hubiera devorado el viento helado de la noche, y á quien el pudor debía cubrir tanto como la indigencia. Abriólo, pues, María, con el velo de lana con que cubría sus castas manos. Entonces el Dios recién nacido fué adorado

por ella y por su esposo, como en otro tiempo lo había sido por sus padres el antiguo José, el mas bello tipo de Jesucristo.

"¡Ah, María!—esclama san Bernardo,—ocultad solamente el esplendor de ese nuevo sol, ceñid con pobres pañales á ese Dios niño; esos pañales son vuestras riquezas; los pañales de mi Salvador son mas preciosos que la púrpura, y este pesebre es mas glorioso que los tronos de los reyes; la pobreza de Jesucristo es mas rica que todos los tesoros!"

San Basilio, descorriendo el velo con que María encubria el fervor y arrobamiento que experimentó su alma, nos la muestra dividida entre el amor de madre y la adoracion de la santa. "¿Cómo os deberé yo llamar?—decia la hija de los patriarcas, dirigiéndose á su Hijo-Dios. ¿Cómo debo llamaros?... ¿Un mortal?... pero yo os he concebido por obra divina... ¿Un Dios?... pero tenéis forma humana. ¿Debo acoercarme á vos con incienso á ofreceros la leche de mis pechos? ¿Debo prodigaros los cuidados de una madre tierna, ó serviros como vuestra esclava, con la frente humillada en el polvo? ¿Oh contraste maravilloso! ¿el cielo es vuestra morada, y os mezo sobre mis rodillas! ¿Estais en la tierra, y no estais separado de las regiones celestiales; los cielos están con vos!" Así es como se cumplieron los grandes oráculos de Micheas y de Isaías.

"Habia en las cercanías unos pastores, que pasaban la noche en el campo, velando sucesivamente para guardar sus rebaños. De repente presentóse ante ellos un ángel del Señor, y viéronse rodeados de una luz divina, lo cual les llenó de un temor inmenso." Entonces el ángel les dijo: "No temais, porque vengo á traeros una nueva que será para todo el pueblo motivo de grande regocijo: hoy mismo, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el CRISTO. He aquí la señal con que le reconoceréis: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. En el mismo instante juntóse al ángel un grande ejército de espíritus celestiales alabando á Dios y diciendo: GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD." (19)

La vision maravillosa había desaparecido, los cánticos celestiales cesado, y los pastores inclinados sobre sus mudos

cayados, escuchaban todavía. Cuando las brisas de la noche gimieron solas en el valle, y no quedó en el cielo un solo punto blanco y radioso que pudiese parecer un ángel, los pastores se reunieron en consulta, y se dijeron unos á otros: "*Vamos á Belen, y veamos lo que ha sucedido.*" Entonces, llenando sus cestos con sencillos presentes, tales como podían proporcionarles sus cabañas, abandonaron sus rebaños á la custodia de los ángeles de la soledad; y á la brillante claridad de las estrellas se encaminaron á la pequeña ciudad de David. A la vista del pobre establo, sintieron, como los discípulos de Emmaus, que su corazón se llenaba de gozo, y exclamaron: "¿Quizá es aquí! porque sabían que el Niño divino no había nacido bajo ricos artesonados, ni estaba acostado en una cuna suntuosa como un trono: nada de eso les había anunciado el ángel. Avanzaron, pues, con fé, con esperanza y con amor, hácia el pesebre abandonado, donde tuvieron la felicidad de encontrar al Salvador prometido, pues ellos le venían á buscar con intenciones rectas y almas puras.

Mirando al fondo de la caverna, para asegurarse de si habían llegado realmente al término de su romería nocturna, *esos hombres de buena voluntad* descubrieron á AQUEL que venia á anunciar el Evangelio á los pobres, y á *abolir la maldición de la esclavitud*, bajo la humilde forma de un niño tranquilamente dormido en un pesebre.

La Virgen, inclinada sobre su recién nacido, le contemplaba con humildad afectuosa y ternura profunda; José, por encima de ellos, encorbaba su cabeza de anciano ante ese Hijo adoptivo, que es Dios. Un suave rayo de luna alumbra ese grupo divino, que forma un cuadro interesante con las paredes rojizas de la cueva. Fuera de ella, todo dormía con aquel silencio magnífico y solemne de una noche estrellada (20).

Aquí es, se dijeron los pastores; y arrodillándose respetuosamente ante el pesebre del Rey de los reyes, ofrecieron al Dios pobre que acababa de nacer, el óbolo y los homenajes del pobre.

En seguida se pusieron á contar la aparicion de los ángeles, sus armoniosos conciertos, sus palabras de esperanza, de paz y de amor. José admiró aquella manifestacion divina, y María,

que escuchaba en silencio esta sencilla narracion, grababa todas las palabras en su corazón. Cumplido aquel deber y terminada su mision, los pastores de Judá se retiraron alabando á Dios, y esparcieron en las montañas la nueva de las maravillas de aquella santa noche. Penetrados de asombro los que les escuchaban, se decian entre sí: "¿Es esto posible? ¿Estamos acaso en los tiempos de Abrahan, en que los ángeles visitaban á los pastores?"

Quizá fueron esas narraciones, hechas al caer de la tarde á la orilla de los bosques, ó en el fondo de los barrancos, mientras que los camellos bebían juntos en la fuente solitaria, las que indujeron á una tribu de árabes del desierto á divinizar á María y á su Hijo. La dulce imagen de la Virgen, teniendo á su Hijo sobre sus rodillas, fué esculpida en una de las columnas de la Coaba, y puesta solemnemente en el número de las trescientas sesenta divinidades de las tres Arabias. Ahí permanecia aun en tiempo de Mahoma, como lo atestiguan graves historiadores árabes (21). Despues del degüello de los santos Inocentes, esta valiente tribu se levantó instantáneamente cual un hombre solo, lanzó un grito de venganza, y sin espantarse del número atacó al hijo de Herodes, no obstante que era vasallo y protegido por los romanos (22).

Esta anécdota auténtica, tan curiosa y tan generalmente ignorada, viene en apoyo del hecho sobrenatural contado por san Lúcas, hecho que los filósofos mofadores de la escuela volteriana, y los adeptos del panteísmo, mas paganos aun, si es posible, se han atrevido á relegar á la region de las fábulas. La devocion extravagante de esos árabes, que mezclan la idolatría con el culto del verdadero Dios antes de la predicacion del Evangelio, no puede referirse sino al conocimiento de los milagros de la santa noche de Navidad.

El octavo dia despues de su nacimiento, el Hijo de Dios fué circuncidado, y llamado Jesus, segun la orden de su Padre celestial. Debíó tener un padrino, como todos los israelitas; pero ignórase completamente á qué hombre favorecido por Dios, cupo tan señalado honor. En cuanto á la aureomía de la circuncision, que se hacia siempre bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia invisible no faltaba jamás, segun decian

los hebreos (23), tuvo lugar, según san Epifanio, en la misma cueva en que nació Jesús; y san Bernardo presume, con bastante verosimilitud, que san José fué su ministro.

Unos hombres del pueblo, dóciles al llamamiento de los ángeles, habían ido á adorar en su pobre pesebre al Niño Dios, y á partir con él su pan negro y la leche de sus cabras. Un milagro mas grande aun y de mas alta fama, originado por un hecho enteramente distinto, condujo poco tiempo despues á la misma cuna las primicias de la gentilidad convertida. Los pastores de Judá habían tomado la iniciativa; tocábale, pues, su turno á los sabios y á los reyes.



## LIBRO XII.

### Adoracion de los Magos.

EN el curso del otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, los Magos caldeos, tan hábiles en estudiar la marcha de los astros, descubrieron una estrella de primera magnitud, que por su rápida carrera y otras señales no menos ciertas, la tomaron por *aquella estrella de Jacob*, predicha por Balaan

desde mucho tiempo atrás, que debía aparecer radiosa en el horizonte en la misma época del nacimiento del Mesías. Según las antiguas tradiciones de Iran, recogidas por Abulfarage, Zoroastro, el restaurador de la religión de los Magos, hombre de mucha ciencia, grande astrónomo, y muy versado además en la teología de los hebreos (1), anunció, bajo el reinado de los primeros sucesores de Ciro, y poco después del restablecimiento del templo, que un Niño divino, destinado á cambiar la faz del mundo, nacería de una Virgen pura é inmaculada, en la región mas occidental del Asia. Añadió, que una estrella desconocida en su horizonte señalaría este noble acontecimiento, y que á su aparición los Magos deberían por sí mismos llevar presentes á este jóven rey. Fieles y religiosos ejecutores de las voluntades de Zoroastro (2), tres de los mas ilustres sabios de Bohnia apenas hubieron observado la estrella, cuando hicieron resonar la trompeta de partida. Dejando detras de ellos la ciudad de los Seleucides con sus elegantes edificios de madera de palmera (3), y Babilonia, donde el viento del desierto, llorando sobre sus inmensas ruinas, parecia contar á esos silenciosos restos los siniestros oráculos del hijo de Anós, salieron del país de los dátiles, y tomaron el arenoso camino de la Palestina. Delante de ellos, cual la columna luminosa que guiaba en otro tiempo hácia las desiertas playas del mar Rojo á las turbas fugitivas de Israel, marchaba *la estrella del Mesías*. Ese nuevo astro, libre de las leyes invariables que rigen á los globos del firmamento, no tenia un movimiento regular, ni que fuese propio; ya se adelantaba á la cabeza de la caravana, siguiendo siempre una línea recta hácia el occidente, ya permanecía estacionaria encima de las tiendas levantadas para pasar la noche, y parecia balancearse suavemente en el seno de las nubes, cual un alabastro dormido en las regiones aéreas. Al despuntar el alba, daba la señal de partida, como habia indicado el lugar del reposo (4).

Por fin, divisáronse á lo lejos las elevadas torres de Jerusalem, en medio de las cimas desnudas y salvages de sus montañas; los camellos y las yeguas apagaban su sed en una fuente que se hallaba en el camino, cuando los magos lanzaron un grito de sorpresa y de espanto: la estrella acababa de ocultarse en

las inmensidades del cielo, como una criatura inteligente que descubre un peligro cercano (5).

Tan desconcertados entonces como los navegantes de los antiguos tiempos cuando una masa de negras nubes les ocultaba la estrella polar, los magos se consultaron entre sí. ¿Qué significaba la desaparición de su brillante conductora? ¿Habían llegado, quizá, al término de su largo viaje, y debían levantar ya la tienda de su morada? Era muy posible, y aun probable, que el Rey Niño, á quien ellos venían á adorar desde las riberas del Tigris, se encontrase en Jerusalem. *El Dios del cielo*, dijeron, no prolonga inútilmente sus milagros; estos cesan, cuando los agentes humanos bastan; esto está en el órden natural. ¿Qué importa que nos haya dejado la estrella? ¿No podemos hallar sin su auxilio, al que venimos á buscar, en la capital de sus estados? Para encontrar la cuna del jóven rey Mesías, bastará entrar en la primera calle que esté cubierta de verdes ramos, perfumada con esencia de rosa, y entapizada con ricas colgaduras de brocado de oro; el sonido de las harpas de los hebreos, sus coros de danzas y sus gritos de alegría nos indicarán bastante la dirección que debemos seguir. Apresurando entonces el paso de sus cabalgaduras, atravesaron la puerta de la muralla, protegida y dominada por una elevada torre reputada por inexpugnable, y penetraron en la antigua Sion, entre dos filas de soldados bárbaros.

El aspecto de Jerusalem era melancólico; su población, ocupada y silenciosa, no tenia aire de júbilo ni de fiesta; únicamente se formaban algunos grupos de distancia en distancia, para ver pasar á los viajeros, á quienes se reconocía por los sátrapas del gran rey por sus largas túnicas blancas, apretadas con magníficos cinturones de color de aurora, por sus *barubends* (6) ó brazaletes enriquecidos con piedras preciosas, y sobre todo por la belleza varonil de sus fisonomías. Los caballeros orientales continuaban su camino, inclinándose á veces sobre el cuello de sus dromedarios, para preguntar á alguno de los numerosos espectadores que se aglomeraban á su alrededor: *donde estaba el rey de los judíos recién nacido*, cuya estrella habían visto en Babilonia. Los habitantes de Jerusalem se miraban con sorpresa, sin saber qué responder á

esa pregunta... Un rey de los judíos... ¿qué rey? Ellos no conocían mas que á Herodes, á quien aborrecían en el fondo de su alma, y que no tenía ningún hijo en la cuna. Asombrados los Magos á su vez, de que todos los hebreos á quienes preguntaban les manifestasen su ignorancia, y no viendo, por otra parte, en la ciudad ninguna señal de regocijo, subieron consternados la calle populosa que conducía al antiguo palacio de David, y fijaron sus tiendas en sus patios ruinosos y sombreados.

Entre tanto, la aparición de aquellos grandes de la Persia, que viajaban entonces tan raramente en las montañas de la Judea, sus sorprendentes preguntas, que asombraron á toda la población, á quien tenía en la mayor alarma el rígido sistema de espionaje seguido por Herodes (7), puso muy pronto en conmoción á la ciudad mas sediciosa y revolucionaria del Oriente. El nombre del rey Mesías pronunciado por los fariseos, siempre prontos á inquietar al anciano monarca con el recuerdo de su casa y la duración de su poder, cayó en medio de los grupos de curiosos, como una chispa sobre el rastrojo; El rey Mesías!... Era la libertad, la conquista, la gloria, la bandera de Judá flotando vencedora sobre el mundo vencido! Los sátrapas de Persia pasaban por los primeros astrólogos del mundo (8); y habían sin duda leído en los astros el nacimiento del *Goel* (9) hebreo. El heredero de los reyes de Judá iba á subir al trono de sus abuelos, y á arrojar de él á la raza de Herodes, esos *medio-judios* que no eran sino los esclavos de Roma. Un sordo rumor, parecido al que precede á las grandes tempestades del océano, cirenó al instante en las casas, en las calles y en las plazas públicas. Jamás los judíos se sintieron menos dispuestos á obedecer el edicto real, que les prohibía no mezclarse en otra cosa que en sus negocios particulares (10). En vano coronaban las murallas y las plataformas de las torres los feroces soldados de Herodes: el pueblo había recuperado su fuego; no temía, y conspiraba públicamente. *En todo Jerusalem se notaba una efervescencia desconocida, y muy luego llególe su vez al tirano de temer también.*

Herodes habitaba entonces su palacio de Jerusalem, cuyos jardines, llenos de flores, poblados de pájaros raros, y entre-

cortados por límpidos arroyuelos, que iban á perderse bajo los ramages de un pequeño bosquecillo (11), no podían distraerlo de los sombríos recuerdos y de las siniestras previsiones que le atormentaban, haciéndole pasar una vida sobresaltada. Instruido por el jefe de sus espías de la llegada de los Magos, y de sus extrañas preguntas, su vasta frente, surcada por arrugas profundas, se oscureció como un horizonte tempestuoso, y su inquietud se dió á conocer á todos.

Conécese muy bien la turbación del rey de los judíos, y se explica perfectamente por su posición. Herodes no era ni el ungido del Señor, ni el elegido del pueblo: un ramo de laurel cogido en el recinto idólatra del capitolio, formaba su corona tributaria, corona de esclavitud entretejida de espinas, y cada hoja de la cual había sido pagada con montones de oro arrebatado á las economías del rico y á la indignicia del pobre. Aborrecido de los grandes, cuyas cabezas hacia rodar á la menor sospecha; temido de sus parientes, cuyas tumbas llenaba trágicamente; odioso á los sacerdotes, cuyos privilegios había pisoteado; detestado del pueblo por su religión problemática y su origen extranjero, Herodes no podía oponer mas que sus cortesanos, sus sicarios, sus esclavos, y la secta opulenta, pero poco numerosa de los herodianos, fascinados por su magnificencia, al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nación. El amigo de César era insultado frecuentemente por sus indómitos vasallos; los fariseos, secta artificiosa y muy poderosa, le habían recusado con befa y escarnio el juramento de fidelidad; los esenios, cuyo valor en los combates les hacia temibles, habían seguido el ejemplo de los fariseos; y los jóvenes y entusiastas discípulos de los doctores de la ley acababan de derribar en medio del día con sus hachas vengadoras el águila de oro, que por complacer á los romanos había hecho colocar sobre la puerta principal del templo.

Por todas partes se urdían conspiraciones contra la vida del príncipe, en las cuales se afiliaban reservadamente sus parientes y amigos mas queridos; y en muy poco estuvo que no muriese á vista de todos, bajo el puñal de algunos jóvenes exaltados, que creyeron hacer una acción virtuosa y patriótica,

desembarazando la tierra de un príncipe que reinaba como un loco (12). Atribuyendo ese atrevimiento inaudito al menoscupio que inspiraba su ancianidad, agotó todos los secretos de la ciencia para rejuvenecerse (13). Quiso persuadirse á sí y á toda la nación, que era siempre aquel Herodes, joven y arrogante, que aventajaba á la mayor parte de los hebreos en los juegos gimnásticos: Herodes, el bizarro caballero, el diestro cazador, el bello y desdenoso monarca que habia despreciado el amor de aquella célebre reina de Egipto, por quien Antonio habia perdido el imperio del mundo. Pero ¡ay! los blancos cabellos que comenzaban á mezclarse con la negra cabellera de sus hijos, sus ardientes deseos de reinar, el espíritu inquieto y revolucionario que se notaba en el pueblo, y la insolencia de los bandidos que comenzaban de nuevo sus robos en la Galilea, le revelaban claramente que su temible reinado tocaba ya á su fin. Agoviado por tantas sospechas, y desconfiando de sus mismos espías, vagaba solo y disfrazado algunas noches por las calles y las plazas públicas de su capital (14). Allí oía por sí mismo las sordas imprecaciones, los insultos sangrientos, y las burlas amargas que llovian sobre el *hombre sin abuelos, el Ascalonita, la bestia salvaje*, que habia asesinado á su inocente esposa, una perla de belleza, un modelo de honor, y que habia hecho ahorcar en seguida á los hijos que tuvo de ella; aquellos dos príncipes tan melancólicos, tan hermosos y tan valientes, á quienes el pueblo amaba tiernamente, en recuerdo de los héroes asmoneos, sus abuelos, y de su infortunada madre. El día siguiente de esas escursiones nocturnas, era un día de suplicios, de desolacion, y de llanto: á nadie se perdonaba; el hacha del verdugo, despues de haber derribado las cabezas mas nobles, descendia hasta el polvo. Así, pues, por do quiera se ofrecian votos contra la vida del príncipe; y siempre que la falsa noticia de su muerte se extendia por las provincias lejanas, ya fuese por acaso, ya de propósito, el pueblo acogia con ávido placer el cebo engañador que lisongeaba sus deseos, y se apresuraba á encender por todas partes, en señal de alegría, hogueras, que apagaba con sangre el mismo Herodes.

En medio de estos elementos de discordias civiles, cuando

bullia sordamente en todo el ejército el pensamiento de rebelion, y en fin, cuando la revolucion, enal un fruto maduro, parecia provocar los conatos de los sediciosos, llegan á Jerusalem unos estrangeros distinguidos, que preguntan, sin misterios ni rodeos, por *el rey de los judios recién nacido*, cuya estrella habian visto. Herodes se admira; interroga ansiosamente á sus recuerdos; las fatales predicciones contra su dinastía que hacen circular los fariseos, los oráculos de los profetas, á los cuales no habia prestado hasta entonces mas que una atencion distraida y secundaria, todo se agolpa á su memoria. Ese Mesías guerrero, ese descendiente de David, que debe pasear desde el oriente al ocazo sus banderas victoriosas, empieza á inspirarle vagas inquietudes. No es Dios quien así hace estremecer al anciano monarca; es el príncipe. Cuánto mas discurrir, tanto mas le parece corresponder este acontecimiento misterioso á un vasto complot que tiende á levantar sobre las ruinas de su trono un poder oculto y rival. ¡Y qué! ¿habria él derramado como agua la sangre ilustre de los macabeos, sin inquietarse de si hacia latir el pecho de su esposa y de sus hijos; habria pulverizado bajo las ruedas de hierro de su despotismo, cuanto le oponia alguna resistencia; habria perdido su alma, su honor, el reposo de sus noches, en que le turbaban el sueño sus sangrientas víctimas (15)... y esto, ¿para qué? para allanar el camino del trono á la familia de David (16)... Ese cetro tan caramente comprado, ese cetro humedecido todavia con la sangre de los suyos, ¿no seria, pues, sino una caña estéril y maldita, que el viento de la muerte rompería sobre su tumba?... ¿Debia pasar como el relámpago de una noche tempestuosa sobre esta tierra, cuya antigua gloria volvería despues de él á florecer con toda brillantez?... Y ese pueblo, que le adoraba con un odio tan intenso y mortal que sus mismos beneficios no podian extinguirle, ¿con cuánto amor y simpatías no rolearian al vástago de sus antiguos reyes! Esta última idea se derramaba, amarga como el acibar, sobre el corazon sombrío y desolado del anciano rey; porque en medio de sus actos de violencia, experimentaba la necesidad de ser amado; necesidad estraña ciertamente, pero muy real en aquella naturaleza escepcional,

que parecía formada de contrastes, y que tenía cualidades muy nobles, puestas al servicio de la pasión más dominante y cruel que puede devastar el alma humana: la ambición.

“Que ese niño sea príncipe de la tierra, ó profeta de Dios, dijo Herodes después de un momento de silencio, es preciso que muera... y morirá, aunque estuviese seguro de extinguir con esa débil centella todas las glorias que nuestros sabios sueñan para el porvenir. ¿Qué importa que los hebreos sean esclavos y miserables después de mi muerte! Ellos han repudiado mi gloria, ajado mi nombre y renegado de mi política... por más que yo haya derramado mi sangre por ellos en veinte campos de batalla, que los haya alimentado durante la carestía, que haya decorado su ciudad con soberbios palacios y realizado el templo de Jehová; no por eso dejo de ser á sus ojos, Herodes el extranjero, Herodes el prófeso, Herodes el verdugo!... ¿Y otro vendría á hacerles grandes y felices, á fin de que después hollasen mi memoria! No: yo seré aborrecido, pero no eclipsado; y si la estrella de mi reinado ha sido siniestra, á lo menos será, en cuanto yo pueda, la última estrella de su cielo... Pero ese hijo de David no es más que un niño, que tal vez gime aun... ¿de dónde me viene, pues, esta cobarde compasión? Atalia, esa hábil muger, que también sabía reinar, no olvidó, cuando se hizo morir á la real familia de Judá, sino á un niño en la cuna... y aquel niño le arrebató el trono y la vida... Yo procuraré no olvidar á nadie. Empero, ¿dónde se oculta ese rey de los judíos recién nacido, que proclaman los astros, y á quien vienen á buscar estos insolentes sátrapas á la puerta misma de mi palacio?... ¿Será, en efecto, el *Schilo* profetizado por Jacob?... ¿ó son, quizá, puros delirios de astrólogos?... No importa; es preciso cerciorarse de ello.” Pocas horas después, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, reunidos en consejo bajo la presidencia de Herodes, escuchaban una pregunta que les parecía bastante extraña en boca de tal príncipe: *¿En qué lugar debe nacer el Mesías?*

La respuesta, que no se hizo aguardar, fue unánime: *en Belén de Judá*. Y los ancianos de Israel, gozosos de inquietar al amigo de los romanos, añadieron, que tocando ya á su fin

la última semana de Daniel, los tiempos del Mesías estaban ya próximos. Estas indicaciones poco satisfactorias, no bastaron para tranquilizar á Herodes, que deseaba saber á donde dirigir sus golpes; por lo cual resolvió interrogar á los Magos, y averiguar, si le era posible, la época precisa del nacimiento del niño, calculada sobre la de la aparición de la estrella. Demasiado hábil político el rey para conceder á los sabios de Iran una audiencia pública, que hubiera dado gran importancia á un rumor que le importaba mucho sofocar, les hizo llamar en secreto, y los estrechó con reiteradas preguntas sobre el tiempo en que se les apareció la estrella. “*Infórmase minuciosamente, no del niño, sino de la estrella, dice san Juan Crisóstomo, á fin de guardar toda la circunspección y reserva posible en el lazo que quería tenderles.*” Instruido de lo que deseaba saber, el sanguinario Herodes despidió á los extranjeros de una manera afable y graciosa. “*Id, les dijo, á Belén, é informaros exactamente de ese niño, y cuando lo hayais encontrado participádmelo inmediatamente, á fin de que yo vaya también á adorarle.*”

Los Magos, como todos los hombres superiores, como todos los hijos de la meditación y de la ciencia, eran buenos, sinceros y nada inclinados á sospechar mal. Comprendían en un príncipe el despotismo y la crueldad, pero no la mentira; porque la primera cosa que los reyes de Persia aprendían en su infancia, era el decir la verdad. Dieron, pues, crédito á las falsas palabras del Idumeo, y volviendo á pasar bajo los elegantes pórticos de su palacio, que competía en magnificencia con los del gran rey, pero que no tenía en medio de sus soberbios bronceos y de sus arcos la campana de oro de los *suplicantes* (17), dejaron á Betzetha (18), mandaron plegar sus tiendas, y atravesaron por segunda vez la ciudad santa para encaminarse al lugar presumido del nacimiento del Mesías. Cuando se alejaban de las murallas enriquecidas con los trofeos del nuevo anfiteatro, cuya desacostumbrada decoración era objeto de inagotables sarcasmos para los fariseos, encontraron al rey Herodes, que rodeado de un verdadero bosque de lanzas tracias y germanas, se dirigía hácia Jericó (19).

Los persas salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco,

y tomando la izquierda, se empeñaron en profundos barrancos, cortados por colinas, que les fué necesario trepar. Hallábanse con corta diferencia, á una hora de marcha de la capital de la Judea, y daban de beber á sus camellos en una cisterna, cuando apareció en el cenit un punto brillante, y descendió rápidamente hacía ellos cual una exhalacion. *¡La estrella! ¡muestra estrella!* gritaron los esclavos, transportados de alegría. *¡La estrella!* repitieron sus dueños con el mismo entusiasmo; y ciertos esta vez de haber encontrado el buen camino, se volvieron á poner en marcha con nuevo ardor.

Disponíanse á entrar en la ciudad de David, cuando la estrella, inclinándose al Mediodía, se detuvo de repente encima de una cueva abandonada, que tenia la apariencia de un establo rústico, y descendiendo á lo más inferior de la atmósfera, vino á colocarse, por decirlo así, sobre la cabeza del Niño Dios. La vista de aquel astro inmóvil, cuyos dulces rayos caían como una manga luminosa sobre esta gruta escavada en la roca, llenó á los Magos de una gran fé; y era, en efecto, preciso que su fé fuese grande, para reconocer al rey Mesías en un niño desprovisto de todo, alojado en una pobre caverna, acostado en un pesebre, y cuya madre, aunque hermosa y llena de gracia, era evidentemente de una condicion muy oscura.

Dios, que sin duda queria hacer avergonzar á los judíos de la dureza de sus corazones; manifestádoles el celo religioso y la fé dócil de los infieles, permitió que la extraordinaria humillacion de la santa familia no hiciese vacilar la firme creencia de los Magos.

Los adoradores del sol, los gentiles, á quienes la Cruz venia á salvar como á los hijos de la promesa, penetraron en la miserable morada del Cristo, con tanta veneracion como en sus templos construidos encima de fuegos subterráneos, donde giraban esferas estrelladas (20). Segun la costumbre de su pueblo, llevaron á su frente el polvo de la misera morada, y despues de haberse descalzado sus ricas sandalias, adoraron al *recien nacido*, como los hijos de Oriente adoraban entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida unos cofrecitos de madera olorosa, en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en las cercanías de

Ninive la grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos nada tenían de sangriento, como las ofrendas de los judíos. La cuna de AQUEL que venia á abolir los sacrificios de la Sinagoga, no debía regarse con sangre; por esto los Magos no le inmolaron corderos sin mancha, ni blancas vaquillas: ofrecieronle oro, como á príncipe de la tierra; mirra é incienso, como á Dios (21). Despues, postrándose ante María, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Némphar*, invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, *deseándola que la mano del infortunio no la alcanzase jamás.*

Esta fué la última escena de esplendor en que figuró la Virgen Santísima. El primer periodo de su vida, cual un dulce sueño del Guinistan, habíase deslizado bajo artesanos de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos magestosos y el sonido de las liras y las arpas. El segundo, lleno de prodigios y misterios, la habia puesto en relacion con los habitantes del cielo y los príncipes del Asia. El tercero iba á abrirse bajo auspicios bien diferentes; llegaba su vez á las persecuciones, á las angustias secretas, y á los dolores inconcebibles.

Los Magos, entre tanto, á quienes nada detenía ya en la Judea, y deseaban publicar cuanto antes en su lejana patria el feliz éxito de su expedicion, se dispusieron á salir de Belen. Proponíanse, segun su promesa, ir á encontrar al rey á su palacio de Jericó, para decirle donde estaba el Mesías; pero el Angel del Señor les reveló en sueños los negros designios de aquel príncipe pérfido, y les intimó la orden de cambiar de ruta. Los hijos de Zoroastro dieron gracias al *Señor del sol y de la estrella de la mañana*; atribuyeron esa revelacion á su genio tutelar (22), y mercediendo por su gran docilidad el bien de la fé, que recibieron mas tarde (23), en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del lago maldito, que refleja sobre sus sucias y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirigieron la cabeza de sus camellos hacía el lado del grande océano, y se creyeron transportados á las llanuras plantadas de dátiles (24) y sembradas de rosas, que bañan el Eufrates y el Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria.



## LIBRO XIII.

### La Purificacion.

CUARENTA dias despues del nacimiento del Salvador, la Virgen se creyó obligada á ir á Jerusalem, para obedecer el precepto del Levítico, que prescribia la purificacion de las madres y el rescate de los primogénitos. Sin duda que esta ley no obligaba á María; porque si era la madre del Redentor,

también era cierto que había quedado Virgen, y que su concepción sin pecado había sido seguida de un alumbramiento sin mancha. "Empero, sometióse voluntariamente, para ejemplo del mundo, á una ley penal, á la cual no estaba sometida, dice Bossuet, sino porque era desconocido su alumbramiento virginal." María, bien lejos de manifestar al mundo el prodigio asombroso de su maternidad virginal, le cubrió con un triple velo, y quiso confundirse humildemente entre la multitud.

José y María, equipados pobremente y perdidos entre la muchedumbre, cuando su primera aparición en el camino de Ephrata, no habían atraído las miradas de nadie, ni dejado tras ellos esos grandes recuerdos que se elevan al estado de tradición entre los pueblos. Sin embargo, no fué así cuando su vuelta á Jerusalem, gracias, sin duda, á las maravillosas relaciones de los pastores y á la brillante visita de los Magos. A corta distancia de Belen, María, á fin de alimentar á su divino hijo, sentóse bajo un terebinto; y aquel árbol, según la creencia general del país, tuvo desde entonces una virtud oculta, que durante seis siglos obró gran número de maravillas. Así lo cuentan, al menos, los cristianos del Asia, y los turcos, porque este árbol era, ha doscientos años, un objeto de veneración y un lugar de romería. (1)

Los dos esposos, después de aquel breve rato de descanso, cuya memoria se ha conservado, llegaron á la tumba de Raquel (2), donde todo hebreo debía orar antes de seguir su camino. Este túmulo de los tiempos primitivos, que se componía de doce grandes piedras cubiertas de musgo, y sobre cada una de las cuales se leía el nombre de una tribu de Israel, no tenía por epitafio sino una blanca rosa de Siria; dulce y frágil emblema de la belleza de aquella joven que, cual la flor de Job, se había marchitado en el momento de abrirse. Al detenerse, para rezar la oración de los muertos sobre el polvo venerado de uno de los santos de su pueblo, José y María no se imaginaron siquiera que los quejidos de la paloma, que la Escritura presta á aquella hermosa Asiria, tendrían tan pronto su aplicación, y que la madre de José y Benjamin era el tipo de las madres desoladas que algunos

días después debían llorar, sobre las montañas de Judea, á sus hijos asesinados en lugar de Jesucristo.

Al salir del valle de Rephain, cuyas encinas seculares sembraban las herbosas tumbas de los gigantes de la raza de Enoch, la Virgen fijó sus ojos en un árbol de aspecto siniestro, cuya vista le oprimió fuertemente el corazón: era un olivo estéril, que desplegaba al soplo de las brisas de la tarde su pálido follaje, y cuyo ruido lúgubre asemejábase á un quejido humano. María, al pasar bajo su mustio ramaje, que ningún pajarillo alegraba con sus trinos, experimentó esa sensación de frío mortal que causa la sombra venenosa del funesto manzanillo. Aquel árbol, si algo vale la tradición local, era el madero *infame* donde fué crucificado el Cristo (3).

En el momento en que José y María penetraban en el sagrado recinto, con los ciclos de plata del rescate y las palomas del sacrificio, un santo anciano llamado Simcon (4), á quien se había revelado, por disposición divina, que no moriría sin que hubiese visto al Cristo del Señor, entró en el atrio impulsado por el espíritu de Dios. A la vista de la santa familia, se sintió inspirado el pecho del hombre justo; y adivinando al rey Mesías bajo las pobres mantillas del niño del pueblo, le tomó de los brazos de su madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarle con el mayor asombro, mientras que lágrimas de gozo rodaban por sus venerables mejillas. "Ahora es cuando, ¡oh Señor!—exclamó el piadoso anciano, levantando sus ojos humedecidos al cielo,—ahora es cuando vos dejaréis morir en paz á vuestro siervo, según vuestra promesa, porque mis ojos han visto al Salvador que nos habeis dado, y á quien destináis para ser espuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel." Simcon, al concluir estas palabras, bendijo solemnemente á los dos esposos; y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio triste y grave, añadió, que aquel niño nacido para la salvación y pérdida de muchos hijos de Israel, sería objeto de la perversidad de los hombres, y que el dolor traspasaría el alma de su madre como la punta acerada de un cuchillo.

A esa luz inesperada, que arrojaba una sombría claridad sobre el gran destino del Cristo, reveláronse de repente á la

santa Virgen las ignominias, los tormentos y las agonias de la cruz. Las aciagas palabras de Simeon la hicieron inclinar su cabeza como un viento de tempestad, y su corazón se oprimió dolorosamente (5). Empero, María sabia aceptar, sin quejarse ni murmurar, euanto la venia de Dios. Sus labios pálidos se arrimaron á ese cáliz de acibar y de hiel; ella le agotó hasta las heces, y dijo en seguida con dulzura, devorando sus lágrimas: ; Señor, hágase vuestra voluntad! En aquel momento, la hija de Abraham elevóse mas alto aun que el gefe y el padre de su pueblo: ella tambien inmolaba á su hijo sobre el altar del Señor; pero tenia la triste certidumbre de que el sacrificio seria aceptado, y ; *ella era madre!* “ Si ella hubiese podido, dice san Buenaventura, hubiera aceptado para sí misma los tormentos y la muerte de Cristo; pero para obedecer á Dios, le hizo la grande ofrenda de la vida de su adorado hijo, dominando, si bien con un profundo dolor, la estremada ternura con que le amaba.”

Reflexionaba aun la santísima Virgen en estos grandes pensamientos, cuando llegó una profetisa llamada Ana, hija de Samuel, de la tribu de Aser: esta casta viuda estaba continuamente en el templo, sirviendo á Dios noche y dia entre el ayuno y la oracion. A la vista del divino Niño, se puso á alabar al Señor en alta voz, y á hablar de él á todos los que esperaban la redencion de Israel.

“ No solamente, dice con este motivo san Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino que tambien los justos y los ancianos de Israel hacen brillar esta verdad. Uno y otro sexo, jóvenes y viejos, autorizan esta ercencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe; una muger estéril da á luz un niño; un mudo habla; Elisabet profetiza; los Magos adoran; un niño encerrado en el vientre de su madre salta de gozo; una viuda publica este acontecimiento maravilloso, y los justos lo esperan.”

Como el último patio del templo estaba prohibido á María, y como el Niño, por razon de su sexo, debía ser ofrecido al Señor, José le llevó por sí mismo á la sala de los primogénitos, preguntándose si las escenas que acababan de suceder á la

entrada de Jesus en la santa casa, se renovarían en el atrio de los pontifices hebreos. Sin embargo, nada descubrió al Niño Dios en esa parte privilegiada del templo; todo permaneció triste y mudo bajo los nacientes rayos del nuevo *Sol de justicia*. Un sacrificador desconocido á José, recibió distraidamente de las manos callosas del hombre del pueblo, á quien miraba como *la basura del mundo* (6), las tímidas palomas prescriptas por la ley, y sin dignarse honrar á Cristo con una mirada tan solo. El amor del oro, esa vergonzosa idolatria, que esconde entre sombras su culto ignorado cuando aun le queda algun pudor para avergonzarse de él, el amor del oro habia cambiado en dura piedra el corazón mezuño, egoísta y rencoroso (7) de la mayor parte de los príncipes de la Sinagoga; dejando el monopolio del trabajo y de las privaciones á los simples levitas, á quienes reducian á vivir con yerbas ó higos secos (8), pasaban cerca del indigente que yacia sobre sus umbrales de mármol, y volvian la cabeza con indiferencia al ver al viajero mortalmente herido en el camino de la montaña; en el fondo, ellos no amaban á Dios ni á los hombres. He aquí lo que nuestro Señor que instituyó un sacerdocio todo de caridad, les reprocha con una santa y punzante ironia en la sublime parábola del Samaritano. Así como lo habia anunciado Malaquías, *Dios maldecia sus bendiciones*, y apartaba sus miradas de un templo que bien pronto iba á entregar al hierro y al fuego de los romanos.

La presencia del Mesías, que abrasaba el corazón de los discípulos de Emáus, aun antes que hubiesen conocido á su maestro en la fraccion del pan, deslizóse sobre el alma de los Aarónitas, como se desliza el rayo de la primavera sobre las eternas nieves del Ararat. Este momento solemne, en que los conciertos sagrados resonaban al redor del trono de Dios, atrayendo las miradas de la Milicia celestial sobre un solo punto del universo; este momento, vaticinado por Ageo, en que la gloria del segundo templo debía ofuscar la del primero, pasó desapercibido ante los ojos oscurecidos de los sacerdotes y los doctores. Ninguno reconoció *la ofrenda pura y sin mancha* que habia profetizado Malaquías. El deseado de las naciones, Aquel cuyos ángeles habian preparado el camino, el

gran Redentor tan prometido y esperado, estaba allí en figura corporal, en su santa casa, y nadie pensaba en recibirle con palmas, gritando sobre las murallas almenadas del templo y sobre los techos de Jerusalem: *Hosanna al hijo de David*. Ellos sabían reconocer muy bien, dice el Evangelio, la aproximación de la lluvia, cuando las nubes se amontonaban por el lado del ocaso; sabían preveer el calor, cuando soplaba el viento del Mediodía; pero estos hombres tan experimentados en presagiar las variaciones de temperatura por los diferentes aspectos del cielo, *no vieron que la higuera de Salomon iba á dar su fruto* (9), y el hijo del pueblo no les hizo presagiar á Dios. ¡Oh pobreza! cuán magnífico disfraz eres aun para la misma naturaleza divina! El verdadero Cristo estaba entre los suyos; pero era pobre, y los suyos no le reconocieron: así es como se han quedado sin Salvador, porque ningún *Mel-Hamaschiak* vendrá á manifestarles la injusticia de sus incrédulos menosprecios contra el divino Hijo de la Virgen; y se hallan reducidos á decir con una rabia fría y desesperada: *Perezcan los que calculen los tiempos del Mesías* (10).

Y el niño Dios, que había reconocido, al atravesar Jerusalem, los sitios de la redención, contaba en silencio á sus verdugos en aquella multitud grave y pomposa: en medio de los coros de música, que cantaban con el arpa himnos de alabanza al Eterno, el Cristo distinguió las voces arrogantes y siniestras que mas tarde debían gritar violentamente: *¡Crucifícadle! ¡Crucifícadle!*

Raza de Aaon, ¿dónde existes tú ahora? El soplo vengador del Crucificado te ha esparcido, cual una ligera paja, por todos los ámbitos del globo. Absorbida en esas masas que tú despreciabas, ya no te conocen tus mismos compañeros de destierro. Mas, entonces, poco cuidadosos del porvenir que se iba oscureciendo sobre sus cabezas, los sacrificadores hebreos ofrecían á Dios, que los desechaba, las víctimas escogidas por los grandes y el pueblo. Uno de ellos tomó las palomas de José, subió la suave escalera del altar de los holocaustos, y ofreció al Señor este pobre y sencillo sacrificio.

“Después que José y María hubieron cumplido lo que estaba ordenado por la ley del Señor,—dice san Lucas,—se

volvieron á Galilea, para irse á vivir á Nazareth, su ciudad natal.” (10)